

derribado parte de la tapia de un parque que había delante de Pavia, y colocándose en él viendo todo el campo de los franceses. Ordenados los escuadrones, y cuando el sol comenzaba á resplandecer, se divisó á la izquierda el grande ejército francés, en el cual iba el rey Francisco en persona, acompañado del príncipe de Escocia y del príncipe Enrique de Albret de Navarra, el duque de Alençon, cuñado del rey, el almirante de Francia Bonnavet, el señor de La Paliza, el virey de Borgoña, y otra multitud de príncipes y altos personajes, «tan aderezados de armas y atavíos, que lo de los nuestros, dice el autor de la relación, era muy gran pobreza.» El ejército que mandaban era tan numeroso, que al decir del mismo testigo ocular, «apareció estar allí todo el mundo junto.»—«Pensais, les dijo el marqués de Pescara á los suyos, que es poca arrogancia la de estos borrachos, que han hecho al rey de Francia dar un bando para que no dejen un español á vida, so pena de perder la suya? ¿Si creerá que nos tiene las manos atadas?» Al oír esto bramaron los españoles de coraje, y juraron morir antes que rendirse, y no dar á nadie cuartel; y este ardor fué el que se propuso inspirarles el de Pescara con aquel dicho.

«Jamás, dice un historiador inglés, llegaron á las manos dos ejércitos con mayor furor; jamás se vieron soldados tan animados por la rivalidad, por antipatía nacional, por odio, y por cuantas pasiones son capaces de llevar el valor hasta su mayor grado. Por una parte se veía á un soberano valeroso y jóven apoyado por una nobleza generosa, seguido de súbditos cuyo ímpetu crecía por la indignación que les causaba una resistencia tan constante, y que peleaban por el triunfo y por el honor. Por otra un ejército mejor disciplinado, dirigido por mas expertos generales, que luchaba por necesidad con aquella rabia que la desesperación inspira.» Terrible fué la primera arremetida de los franceses, rompiendo un escuadrón imperial y matando la mayor parte. Tomaron también pronto su vieja y escasa artillería, lo cual les bastó para gritar ¡victoria! ¡victoria! ¡Francia! ¡Francia! y para que la nobleza y la gendarmería dejara sus atrincheramientos y se arrojara confiada al campo abierto. Pronto se aprovecharon los imperiales de su imprudencia. El marqués del Vasto estrecha sus líneas, penetra con ellas en las filas francesas por el lado que había dejado descubierto la gendarmería, y da una mortífera carga á los suizos y á los alemanes. Los suizos, olvidando su antiguo valor, abandonan el puesto, y la guarnición de Pavia penetra por medio de una división francesa, y se incorpora á la hueste del marqués del Vasto. El de Pescara, viendo venir á su frente un numeroso cuerpo de tropas: *Ea, mis leones de España*, les dijo á los suyos, *hoy es el día de matar esa hambre de honra que siempre tuvisteis, y para esto os ha traído Dios hoy tanta multitud de pecoras....* Hicieron una descarga los lansquenets alemanes al servicio de Francia, mas como volviesen las espaldas, según su costumbre, para cargar de nuevo, «¡Santiago y España!» gritó el marqués; á ellos, que huyen!» Y sin dejarlos respirar dieron sobre ellos los arcabuceros españoles, entre ellos los vascos, famosos por su certera puntería, de tal manera que en brevisimo tiempo sucumbieron mas de cinco mil hombres, cayendo los que pensaban salvarse en manos de la compañía del capitán Quesada, que venía en ayuda de sus compatriotas.

Lannoy, Borbon, Alarcon, todos los jefes de los imperiales se conducían no menos bizarra y heroicamente, arrollando la hueste que á cada cual le tocó combatir. El veterano La Paliza, el mas ilustre de los capitanes franceses formados en la guerra de Italia, murió peleando en primera fila al frente del ala derecha. Diesbach, el jefe de los suizos, que había desdénado seguirlos en la retirada, buscó y halló la muerte en lo mas espeso de las filas imperiales; y Montmorency, que mandaba una de las alas del ejército francés, cayó prisionero. El bravo defensor de Pavia, Antonio de Leiva, que se hallaba enfermo, se hizo sacar en una silla á la puerta de la plaza, y allí con mil soldados españoles y tudescos tuvo entretenido un escuadrón italiano de los del ejército francés, impidiendo que fuese á la batalla. El marqués de Pescara se metió de tal manera y tan adelante por entre los enemigos, que en mas de media hora no se supo de él, hasta que se le vió llegar herido

en el rostro y en la mano derecha, y todavía sentía caliente entre el vestido y la carne una bala de arcabuz que le había traspasado el coselete. En sus armas se conocían muchas mellas de alabarda y de pica, y su caballo Mantuano volvía acribillado de cuehilladas. «¡Oh Mantuano! exclamó él ¡pluguiera á Dios que con mil ducados pudiera yo salvarte la vida!» Pero el Mantuano murió á poco de esta exclamación de su dueño.

Manteniase ya solamente el combate en el centro en que estaba el rey Francisco, el cual en una carga desesperada de caballería mató por su mano al comandante de un cuerpo de caballería imperial italiana. Mas los intrépidos montañeses de Vizcaya y Guipúzcoa se deslizaban y escurrian por entre las patas de los caballos, y fueron dando cuenta de los mas famosos capitanes franceses. Longueville, Tonnerre, La Tremouille, Boissy d'Amboise, el almirante Bonnavet, el causador de aquella catástrofe, y cuya muerte apenas fué sentida, todos fueron cayendo al lado de su rey. Solo el duque de Alençon, que mandaba el ala izquierda, viéndolo todo perdido para los franceses tomó, ó cobarde ó prudentemente, la fuga, arastrando consigo toda el ala.

El rey Francisco, decidido á no sobrevivir á su derrota, luchó hasta el último momento. Herido y fatigado su caballo, dió con él en tierra. Un soldado vizcaíno que le vió caer corrió á él, y poniéndole el estoque al pecho le intimó que se rindiera sin conocerle. «No me rindo á tí, le dijo, me rindo al emperador: yo soy el rey.» En esto, llegóse allí un hombre de armas de Granada, llamado Diego Dávila, el cual le pidió prenda de darse por rendido, y el rey le entregó el estoque, que llevaba bien ensangrentado, y una manopla. Entre él y otro hombre de armas español, llamado Pita, le levantaron de debajo del caballo, y hubieranle tal vez muerto los arcabuceros, no creyendo á los que le llevaban y decían que era el rey, si á tal tiempo no se hubiera aparecido allí Mr. de la Motte, grande amigo de Borbon, que al reconocerle dobló la rodilla y le quiso besar la mano. Los soldados le tomaban los penachos del yelmo, le cortaban pedazos del sayo que vestía, y cada uno quiso llevar alguna reliquia del ilustre prisionero para memoria (1).

(1) Relación individual de los personajes franceses muertos y prisioneros en la batalla de Pavia.  
(Sacada de los documentos oficiales publicados de orden del rey Luis Felipe de Francia en 1847.)

*Príncipes y señores muertos.*

El duque de Suffolk, á quien pertenecía el reino de Inglaterra.  
Francisco, señor de Lorena.  
Luis, duque de Longueville.  
El mariscal La Tremouille.  
El conde de Tonnerre.  
El mariscal de Chabannes, primer mariscal de Francia.  
El mariscal de Foix, hermano del almirante Lautrec.  
El príncipe bastardo de Saboya, gran maestro de Francia.  
El general Bonnavet, almirante de Francia y gobernador del Delfinado.  
Mr. de Boissy d'Amboise.  
Mr. de Chaumont d'Amboise.  
Mr. de Sainte-Mesmes.  
Mr. de Tournon.  
Mr. Chataigne.  
Mr. de Morette.  
El bastardo de Luppé, preboste de palacio.  
El señor de Saint-Severin, gran escudero de Francia.  
El señor Laval de Bretagne.

*Príncipes y capitanes prisioneros.*

El rey de Francia.  
El rey de Navarra (el príncipe Enrique de Albret).  
Luis, señor de Nevers.  
Francisco, señor de Saluces.  
El príncipe de Tallemont.  
Mr. d'Aubigny.  
El mariscal de Montmorency.  
Mr. de Rieux.  
Mr. de Chartres.  
El señor Galeas Visconti.  
El señor Federico de Bauges.  
El conde de Saint-Paul, hermano del duque de Vendome.

Divulgada la prision del rey Francisco, muchos caballeros franceses de los que se habian puesto ó pudieran ponerse en salvo, se dieron voluntariamente á prision de los españoles, ofreciendo grandes rescates y diciendo: «No quiera Dios que

El hijo del bastardo de Saboya.  
Mr. de Brion.  
El gobernador del Limosin.  
El baron de Bierry.  
Mr. de Bonneval.  
El baile de Paris.  
Mr. de Viot.  
Mr. de Charrot.  
El baile de Bugency.  
El señor de la Chartre.  
Mr. de Boissy.  
Mr. de Lorges.  
Mr. de Moni.  
Mr. de Crest.  
Mr. de Guiche.  
Mr. de Montigent.  
Mr. de Saint-Marsault.  
El senescal d'Armaignac.  
El vizconde de Lavedan.  
Mr. de la Claiette.  
Mr. de Poton.  
Mr. de Changy.  
Mr. de Aubijon.  
Mr. d'Annebaut.  
El hijo de Mr. de Tourmon.  
La Roche-Aymond.  
La Roche du Meyne.  
Mr. de Clermont.  
Mr. de Saint-Jean d'Ambornay.  
Mr. de Vatithieu.  
Mr. de Silans.  
Mr. de Boutieres.  
Mr. de Barbesieux.  
El poeta Clemente Marot.

Despojóse al rey prisionero de sus armas, y le fueron enviadas á Carlos V como uno de los mas preciosos trofeos de la victoria. La espada se depositó en el alcázar de Toledo, y la armadura del cuerpo fué llevada á Alemania. En 1806 se conservaba todavía en Inspruck, de donde la recobró en dicho año el príncipe de Neuchatel, y el emperador Napoleón la hizo colocar en el museo de artillería de Paris, donde se enseña todavía. —La espada, cuyo puño en forma de cruz es esmaltado, con adornos de oro en que se distingue la salamandra emblemática, se hallaba en la Armería Real de Madrid, y de aquí la sacó Murat, gran duque de Berg, en 1808, y la hizo trasportar con gran ceremonia á Francia.

Un diario español, en su número del 18 de junio de 1858, inserta los siguientes documentos para probar que aquel rey fué hecho prisionero en Pavía por un tal Joanes de Urbietta, natural de las montañas de Vizcaya. «Francisco por la gracia de Dios rey de Francia: Hacemos saber á todos aquellos á quienes tocase, que Juan de Urbietta, del señor don Hugo de Moncada, fué de los primeros que se hallaron en mi riesgo cuando fuimos presos delante de Pavía, y nos cuidó con todo su poder á salvar la vida en que le estamos en obligacion, y entonces nos pidió diésemos libertad al dicho señor don Hugo su amo, nuestro prisionero: y porque esto es verdad, hemos firmado la presente de nuestra mano, en Pisquiton á cuatro días del mes de marzo de 1525.—Francisco.»

Consérvase tambien el testamento del mismo Joanes de Urbietta, otorgado en 22 de agosto de 1553 ante Martin de Percaiztegui, en que hace mencion de haber hecho prisionero al rey Francisco de Francia, y verse cruzado caballero de la orden de Santiago, y dotado de muchos bienes con que le premió S. M., y con una divisa y escudo en que se ve cifrada la prision, y corona del timbre de las águilas imperiales, merced que le fué otorgada por real privilegio de 20 de marzo de 1530, otorgada por Francisco de los Cobos, secretario.

El ayuntamiento de Hernani por decreto de 4 de agosto de 1669, mandó renovar la inscripcion y armas del sepulcro de este famoso capitán á expensas de la villa, y en un cuadro al pié de sus armas consagró un elogio que decia así:

*Hoc jacet in templo magnus de Urbietta Joannes,  
Natale Hernani, cui dedit ante Solum.  
Pavie vindex: Gallorum terror: honoris  
Hispani assertor: bellica ad arma potens,  
Gallorum Regem Franciscum foderere belli  
Captivum ducit: res ea Martis opus  
Erigit hoc vita, pariter mortisque tropheum  
Patria; si pietas est tibi, funde preces.*

nosotros volvamos á Francia quedando prisionero nuestro rey.» Todos los jefes imperiales se fueron uno tras otro presentando al prisionero monarca, é hincando ante él la rodilla en señal de acatamiento, y él recibió sucesivamente con buen semblante al marqués de Pescara, al virey Lannoy, al señor de Alarcon y al marqués del Vasto, á quien manifestó los muchos deseos que habia tenido de conocerle, aunque no en aquella situacion. Llegóse por último el duque de Borbon, su pariente, y arrodillado delante de él como todos, «Señor, le dijo, si mi parecer se hubiera tomado en algunas cosas, ni V. M. se viera en la necesidad presente, ni la sangre de la casa y nobleza de Francia anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia.» Alzó el rey los ojos al cielo, dió un suspiro, y respondió: *Paciencia, duque, pues ventura falta.* Observó el de Pescara que la presencia de Borbon afectaba demasiado al rey y le rogó que se retirara. Hecho esto, caminaron con él hácia Pavía (1).

Al verse á las puertas de la ciudad detuvo su caballo y dijo al marqués de Pescara: «Ruégos, marqués, que vos y estos caballeros me hagais placer de no meterme en Pavía, que seria grande afrenta para mí no haberla podido tomar, y meterme en ella preso.» Pareció á todos muy justo el reparo, y acordaron aposentarle en un monasterio fuera de Pavía. Tratóse á quién habia de encomendarse la guardia de su persona, y el marqués de Pescara expuso que, siendo los españoles á quienes se debia principalmente el premio de la victoria, debia fiarse á don Fernando de Alarcon, jefe de los españoles, con lo cual el emperador se daría por servido, su nacion por honrada, y todos por satisfechos y seguros. Convínose en ello, y Alarcon quedó encargado de la persona del rey. Alojado el ejército en las tiendas francesas, llegó un soldado español, llamado Cristóbal Cortesia, llevando prisionero al príncipe de Navarra (2). Presentóse tambien un villano pidiendo albricias por haber muerto al príncipe de Escocia, en testimonio de lo cual enseñaba la rica cadena de oro que el príncipe llevaba al cuello. En efecto, el príncipe escocés habia tomado por guia aquel labriego para fugarse, ofreciéndole una buena paga, y aun hacer su fortuna si queria acompañarle á Escocia, y dándole desde luego aquella preciosa cadena. El villano lo prometió así; mas al llegar á un barranco, le dijo al príncipe que lo atravesara; hundióse desde luego su caballo hasta las cinchas, y entonces el traidor le dió una cuchillada en la cabeza dejándole muerto. Enterado el marqués de Pescara de la felonía del villano, le mandó ahorcar inmediatamente, y envió con mucha solemnidad por el cuerpo del príncipe y le hizo honrosas exequias (3).

Tales fueron los principales incidentes de la famosa batalla de Pavía (24 de febrero, 1525). De ocho á diez mil franceses sucumbieron en el campo al filo de las lanzas imperiales, sin contar otra muchedumbre de ellos que se ahogó en las aguas del Tesino en su ciega y precipitada fuga. Allí pereció la flor

(1) En el camino oyó dichos muy propios del genio y buen humor de los soldados españoles. «Vaya, señor, le decia uno, que en semejantes lances se ve el valor de los príncipes.»—«Yo apuesto, decia otro, á que será mejor tratado por el emperador, que lo fuera el emperador en poder suyo.»—«A bien, decia otro, que ha caído en manos de la mejor gente del mundo, y todo lo ha de dar por bien empleado.» El rey preguntaba á Mr. de la Motte lo que querian decir, y traducidos los dichos de los soldados se reia de ellos.

Cuéntase que se acercó á él un arcabucero español y le dijo: «Señor, sepa V. A. que ayer, sabiendo que se daría la batalla, hice seis balas de plata y una de oro para mi arcabuz, las de plata para unos Musiures, y la de oro para Vos; creo que empleé las cuatro, sin otras muchas de plomo que tiré á gente comun: no topé mas Musiures, y por esto sobraron dos: la de oro veisla aquí, y agradecedme la voluntad de os dar la mas honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Mas pues Dios no quiso que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados, que es una onza, pesa.» Dican que el rey la tomó, y dijo al soldado que le agradecia el buen deseo. «Esto, añade el testigo ocular, fué muy reido.»

(2) Este fué puesto en el castillo de Pavía, y habiendo logrado sobornar á un criado del marqués del Vasto que le guardaba, se fugaron los dos juntos y se fueron á Francia.

(3) «Era, dice el autor de la Relacion, de diez y ocho años, y la mas hermosa criatura que jamás vi.»

de la nobleza de Francia, y en aquella jornada debieron acabar los sueños de gloria del rey-caballero y sus arrogantes pretensiones al dominio de Italia. Al divulgarse la noticia del desastre, la pequeña guarnicion de Milan se retiró sin dar tiempo á ser perseguida, y á los quince dias no habia en Italia mas franceses que los prisioneros. El defensor de Pavía, Antonio de Leiva, se presentó tambien al rey Francisco, y le besó la mano, oyendo de su boca los justos elogios que tan brillante defensa merecia. Los despojos de la batalla, en vituallas, acémilas, caballos, armas, vestidos, joyas y vajillas fué inmenso, y los vencedores se indemnizaron bien de tantas escaseces y privaciones como habian sufrido.

Al dia siguiente, fué trasladado Francisco I al castillo de Pizzighetone en Lombardia, á orillas del Adda, siempre bajo la salvaguardia del caballero don Fernando de Alarcon. En los primeros momentos escribió Francisco á su madre la duquesa de Angulema, á quien él habia dejado por gobernadora del reino, una carta, de la cual solo han adquirido celebridad (como si mas no le hubiera dicho) aquellas famosas palabras: *Todo se ha perdido menos el honor*; pero no las siguientes, que decian: *y la vida, que se ha salvado: et la vie, qui est sauve* (1).

Por el mismo portador de esta carta, que era el comendador Peñalosa, dirigió otra el rey prisionero al emperador, en la cual le decia: «Sed cierto que no tengo consuelo en mi infortunio, sino es la esperanza de vuestra bondad, que si os pluguere usarla conmigo, vos obrarais como príncipe generoso, y yo os quedaria para siempre obligado... Así pues (añadia), si os placiere tener piedad de mí, dándoos la seguridad que merece la prision de un REY DE FRANCIA, á quien se quiere hacer amigo y no desesperar, podeis hacer una adquisicion, pues en lugar de un prisionero inútil, hariais un rey siempre esclavo vuestro (2).» Al mismo tiempo, y por el mismo conducto escribió Mad. Luisa, madre del rey, al emperador, diciéndole: «Señor, mi buen hijo: desde que he sabido el infortunio acaecido al rey mi hijo y señor, estoy dando gracias á Dios de que haya caído en manos del príncipe que mas amo en el mundo; esperando que vuestra magnificencia convertirá en su favor los lazos de sangre, de parentesco y de alianza que hay entre vos y él: y en el caso que así sea, tengo por cierto que será un gran bien para el porvenir de la cristiandad vuestra amistad y union. Por tanto, os ruego humildemente, señor é hijo mio, que penseis en ello, y mandeis

(1) Vamos á dar una copia exacta de esta célebre carta, que nuestros historiadores no conocieron, y que en las mismas historias modernas de Francia se ha copiado generalmente con poca exactitud. Decia así:

«Madame, pour vous faire sçavoir comme se porte le reste de mon infortune, de toutes choses ne m'est demeuré que l'honneur, et la vie qui est sauve. Et pour ce que, en vostre adversité, ceste nouvelle vous fera un peu de reconfort, j'ay prié qu'on me laissat vous escrire ceste lettre: ce que l'on m'a aisement accordé, vous suppliant ne vouloir prendre l'extrémité vous mesme, en usant de vostre accoustumée prudence; car j'ay esperance á la fin que Dieu ne m'abandonnera point, vous recommandant vos petits enfans et les miens, et vous suppliant faire donner le passage á ce porteur pour aller et retourner en Espagne, car il va devers l'empereur, pour sçavoir comme il voudra que je sois traicté.

»Et sur ce va très humblement se recommander á vostre bonne grace,  
»Vostre tres humble et tres obeissant filz,

FRANÇOIS.»

(2) «Pourquoy s'il vous plaist avoir cette honneste pitié de moyenner la seureté que merite la prision d'un roy de France, lequel on veut rendre amy et non desesperé, poussez estre seur de faire un acquiet au lieu d'un prisonnier inutile, de rendre un roy á jamais vostre esclave.

»Donques, pour ne vous ennuier plus longuement de ma fascheuse lettre, fera fin, avec humbles recommandations á vostre bonne grace, celuy qui n'a aise que d'attendre qu'il vous plaise le nommer, au lieu de prisonnier.

»Vostre bon frere et amy,

FRANÇOIS.»

Documentos relativos á la cautividad de Francisco I publicados en orden del rey Luis Felipe de Francia en 1847, pág. 130.

Consta tambien que el rey Francisco tuvo necesidad de recibir un socorro de dinero del alcaide de la fortaleza, y que el virey de Nápoles le prestó una suma, hasta que la reina su madre pudiera librarle algunos fondos.

que sea entre tanto tratado como á vuestra honra y la suya cumple, y permitais que sea servido de modo que pueda yo saber con frecuencia de su salud. Haciéndolo así, os quedará reconocida una madre, á quien vos disteis siempre este nombre, y que otra vez os ruega que ahora en aficion os mostreis padre.—Vuestra muy humilde madre,—LUIZA.»

Recibió el emperador la noticia del suceso de Pavía con una moderacion admirable, y sin ostentar orgullo ni excesiva alegría. Dirigióse á la capilla á dar gracias á Dios, volvió á la sala de la audiencia, donde recibió las felicitaciones de la nobleza española y de los embajadores extranjeros, mostrando condolerse de la adversidad del ilustre prisionero, prohibió que se hiciesen regocijos públicos, que dijo reservaba para el primer triunfo que alcanzara contra los infieles, y contestó á la madre de Francisco I la carta siguiente:

«Madama: He recibido la carta que me habeis escrito con el comendador Peñalosa, y de él tambien supe lo que vos ovo dicho acerca de la prision del rey vuestro hijo. Yo doy muchas gracias á Nuestro Señor por todo lo que á él le ha placido permitir, porque espero en su divina providencia que esto será camino para que en toda la cristiandad pongamos paz, y contra los infieles volvamos la guerra. Sed cierta, madama, que tal jornada como esta, no solo no seré en estorbarla, mas aun tomaré el trabajo de encaminarla, y allí emplearé mi hacienda y aventuraré mi persona. Sed tambien cierta, madama, que si paz universal vuestro hijo y yo hacemos, y tomamos las armas contra los enemigos, todas las cosas pasadas pondré en olvido, como si nunca enemistad entre nosotros hubiese pasado. Yo envío á Mr. Adrian á visitar á vuestro hijo sobre el infortunio que le ha sucedido, del cual si nos place por el bien universal que de su prision esperamos, por otra parte nos ha pesado por el antiguo deudo que con él tenemos. Tambien lleva Mr. Adrian una instruccion asaz bien moderada, y no menos justificada, para que os la muestre á vos y al rey vuestro hijo. Y si deseais quitaros de trabajo, y sacar á él de cautiverio, ese es el verdadero camino. Debeis, pues, con brevedad platicar sobre esta nuestra instruccion, y tomar luego resolucion de lo que entendeis hacer, y respondernos, porque conforme á vuestra respuesta alargaremos su prision ó abreviaremos su libertad. Entre tanto que esto se platica, he dado cargo al duque de Borbon, mi cuñado, y á mi virey de Nápoles, para que al rey vuestro hijo se le haga buen tratamiento, y que continuamente os hagan saber de su salud y persona, como vos lo deseais y por vuestra carta lo pedis. Mucha esperanza tengo de que vos, madama, trabajareis de llegar todas estas cosas á buen fin, lo cual si así hiciéredes, me echaréis en mucho cargo, y á vuestro hijo hareis gran provecho.»

Mas de los términos de aquella instruccion y de las largas consecuencias de la derrota y prision de Francisco I en Pavía iremos dando cuenta en otros capitulos.

## CAPÍTULO XI

### Prision de Francisco I en Madrid

DE 1525 Á 1526

Conducta de Carlos V despues de la batalla de Pavía.—Estado del ejército imperial en Italia.—Recelos del papa y de los venecianos.—Firmeza de la reina regente de Francia: medidas para salvar el reino.—Sus tratos con Inglaterra, Venecia y la Santa Sede.—Condiciones que Carlos V exigía á Francisco I como precio de su libertad.—Contestacion de este: mensajes.—Es traído á Madrid.—Desatenciones del emperador con el régio cautivo.—Peligrosa enfermedad de Francisco en la prision.—Visítale Carlos.—Nuevo desvío.—Proyecto de fuga.—Abdicacion de Francisco.—Temores del emperador.—Célebre concordia de Madrid entre Carlos V y Francisco I para la libertad de este.—Capítulos del tratado.—Protestas secretas de Francisco.—Pláticas amistosas entre los dos soberanos.—Sale el rey Francisco para Francia.—Casamiento del emperador.—Ceremonial que se observó en el rescate de Francisco I.—Dramática escena en el Bidasoa.—Entra en su reino, y vienen sus hijos en rehenes á España.—No cumple el rey de Francia lo pactado.—Anuncios de graves complicaciones.

Si siempre es difícil obrar del modo mas discreto, mas conveniente y atinado despues de una gran victoria ó de un gran golpe de fortuna, lo era mucho mas para el emperador Car-